

Carlos Mauricio Valenti

Agustin Iriarte

1928

Aun era muy joven, un adolescente, cuando tuve oportunidad de conocerlo y de tratarlo. Solía visitar mi estudio y acompañarme en mis excursiones por el campo. Observaba atentamente cuanto yo hacía y callaba. No me manifestaba deseos de seguir el arte de la pintura. Sabía yo que su afición entonces era la música y que pasaba horas y horas en el piano, sin dejarse oír más que de sus familiares. Por su maestro, el inolvidable Don Herculano Alvarado, supe nomás que era el predilecto de sus discípulos.

Notaba yo en él cierta tristeza y desencanto, no comprendiendo como un adolescente no tuviera esas ilusiones y alegrías propias de su edad. Cuando sonreía era únicamente con ironía y cuando hablaba era breve y conciso en sus pensamientos. Era un observador.

Y cosa extraña, aquel joven, aquel adolescente que nunca revelo nada de sus aspiraciones, ideales o deseos, fue el confidente epistolar único que tuve, hasta su infausta muerte, durante los años que viví ausente de mi patria. Desde ella, donde lo había dejado al lado de los suyos, me escribía constantemente. Por doquiera que yo iba parecía acompañarme. Preguntábame a menudo de los países y museos que visitaba, de los maestros que más me atraían y de las obras o estudios que me ocupaban, haciéndome indicaciones sobre ésta o aquella escuela. Quiero estar contigo, me decía ya en París, yo también sueño en Italia...

En todas sus cartas, que aún conservo, como en su persona había observado, se traslucía ese fatalismo y decepción.

París, la gran Ciudad Luz de que antes me hablara lleno de entusiasmo, parecía no llenar sus aspiraciones. Parecíame un atormentado.

Y así era. Sus cartas últimas me lo revelaron, su trágica muerte me lo confirmó y sus obras que hoy reunidas son expuestas a la admiración del público, nos lo muestran.

Rebelde a todo lo académico, el carboncillo, el lápiz o el pincel corren sin freno ni reparo, no se detiene en el detalle, ni se preocupa en borrar un solo trazo. A líneas sobrepone líneas, a colores sobrepone colores. Y es precisamente esa aglomeración de colores y de líneas, brotados al parecer, sin orden ni concierto el elevado concepto de su obra dinámica, agresiva, impresionable y realista por excelencia.

Todas sus obras o estudios parece que las dejó en embrión, pero cada una de ellas es una fiel revelación de su estado de ánimo, irresistible, atormentado, como el espíritu de Hoffmann.

Seméjanse sus obras a las del prófugo, que en su precipitada marcha aquí y allá, deja como huellas de su paso grabadas en la roca, al pie de un árbol o en el polvo del camino un pensamiento; véase por ejemplo: *“La Madre”* (dibujo); una poesía, *“nocturno”* (óleo); un hachazo, *“El carnicero”* (dibujo); una canción *“Idilio”* (óleo); una ironía *“El Idiota”* (dibujo); una epopeya, *“El Picador”* (óleo); o una ofrenda, *“Rosas”*.

Origen Documento:

Iriarte, Agustín. **“Carlos Mauricio Valenti”**. Texto del catálogo de: **“Exposición póstuma: Carlos Valenti”**. Dirección de la Academia Nacional de Bellas Artes y patrocinada por el Ministerio de Educación Pública, Guatemala, junio de 1928.